

## Entre la literatura y la eugenesia: el *ideal de amor*, según José Ingenieros<sup>72</sup>

Cristina Beatriz Fernández<sup>73</sup>  
UNMDP – CONICET  
Argentina

The aim of this paper is to analyse the process of *naturalization* – conceptual and rhetorical– applied to the concept of *ideal* in the José Ingenieros works. The concept of *ideal de amor* is inherited from Stendhal, and Ingenieros modifies this concept to the point of satisfy, simultaneously, the rhetorics treatment of the subject –according to the *modernismo* aesthetics– and his proper understanding of eugenics development of the humankind.

It is interesting to note that, while Stendhal talks about the love process in methaphorical terms, Ingenieros treats the topic in a extremely literal sense, and as a process exclusively natural, even when he is informing about his pathological deviations. It is an example about the rol performed by the biological sciences in the *fin-de-siècle*, when they were transformed in a *cognitive dialect* used literal and metaphorically to explain the natural and social reality.

**Key words:** José Ingenieros, ideal, literature, modernismo, love, eugenics

*¡Oh sed del ideal!*

---

<sup>72</sup> Este artículo expone resultados parciales de mi tesis de doctorado, presentada en la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, y titulada: ‘Diálogos entre *las dos culturas*: literatura y ciencia en José Ingenieros’. La tesis fue dirigida por la Lic. Mónica Scarano y contó con el asesoramiento científico del Dr. Alberto de la Torre.

<sup>73</sup> Doctora en Ciencias del Lenguaje con mención en Culturas y Literaturas Comparadas por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Docente en la cátedra de *Cultura y Literatura Latinoamericanas I* de la misma universidad e investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Ha publicado varios artículos en revistas especializadas y capítulos en libros colectivos, sobre autores latinoamericanos, especialmente acerca de la relación literatura / ciencia en el barroco y en el entresiglo XIX-XX. Actualmente está en prensa su edición del libro que recoge las crónicas de viaje de José Ingenieros. E-mail: crisfer@mdp.edu.ar

... como el cielo me ha negado el talento literario, sólo he pensado en describir con toda la pesadez de la ciencia, pero también con toda su exactitud, ciertos hechos...

Stendhal

## 1. Un idealismo en lenguaje biológico

Si hay algo que tienen en común los poemas de Rubén Darío y los escritos de José Ingenieros, es la profusión del término *ideal*. Este último autor pagó su tributo a ese concepto sobre todo a partir de su segunda permanencia en Europa, que tuvo lugar desde 1911 hasta el inicio de la guerra, en 1914. En su libro *El hombre mediocre*, editado en forma completa en 1913, aunque algunos de sus capítulos habían sido publicados inicialmente en los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* en 1911, encontramos párrafos como el que sigue, donde se conjugan un *idealismo* entendido en el sentido utópico del término, una serie de conceptos de filiación romántico-modernista y el tono apelativo característico de la admonición moral:

Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala; si la dejas apagar no se reenciende jamás. Y si ella muere en ti, quedas inerte: fría bazofia humana. Sólo vives por esa partícula de ensueño que te sobrepone a lo real. (Ingenieros, 1962c: 82)

En varios textos de este período, como el ya citado *El hombre mediocre* o *Las fuerzas morales*, observamos evidentes puntos de contacto con la retórica modernista, a pesar de que el estilo de Ingenieros se encuentra tensionado por un afán de cientificismo.<sup>74</sup> La necesidad de conjugar su noción ética y estética de *ideal* con el grado de cientificismo necesario para ser coherente con el resto de su producción, lo obliga a *naturalizar* la primera ofreciendo una explicación de la génesis de los ideales desde la

---

<sup>74</sup> Cuando hablamos de *cientificismo*, nos referimos a la extensión, no siempre pertinente, del método de las ciencias naturales a todos los campos de estudio. Esta extrapolación metodológica está acompañada por la impronta de una retórica que no siempre traduce un conocimiento científico efectivo sino que es, en gran medida, un efecto discursivo.

perspectiva biológica, que se proyecta, a su vez, hacia una interpretación del orden social.

El libro donde expone su concepción de un *ideal* es *Principios de Psicología*,<sup>75</sup> en el que expresamente describe esta disciplina como una ciencia natural, en términos funcionales y biológicos. Para Ingenieros, ‘la función de pensar es una elaboración de los datos de la experiencia’, de modo que el pensamiento no puede menos que encontrarse en formación continua. Pero es la dialéctica *imaginación / experiencia* la que permite la formulación de las leyes que sistematizan la información percibida para interpretar el mundo. En palabras de Ingenieros: ‘de la experiencia no se pasa a las leyes directamente, sino a través de hipótesis, y sin imaginación no hay hipótesis posibles’ (1962e: 29). Dentro de este cuerpo de hipótesis elaboradas a partir de la experiencia, encontramos los ideales: ‘Un ideal es una hipótesis: se forma como ella y como ella sirve. La imaginación, fundándose en la experiencia, elabora creencias acerca de futuros perfeccionamientos; los ideales son el resultado más alto de la *función natural* de pensar’ (Ingenieros, 1962e: 176. Nuestro énfasis). Como lo sintetiza en sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*: ‘Un ideal es, pues, un *hipotético arquetipo de perfección abstraído de la experiencia*’ (Ingenieros, 1962g: 336. Nuestra bastardilla).<sup>76</sup> Ahora bien, estos ideales, por su capacidad de perfección y por el gesto visionario que entrañan, al ser hipótesis sobre el futuro, son privilegio de una minoría, que es también el sustento o medio donde nacen el genio o el talento. Por eso los ideales

Son siempre individuales. Un ideal colectivo es la coincidencia de muchos individuos en un mismo afán de perfección. No es una *idea* que los acomuna; su análoga manera de sentir y de pensar está representada por un ideal común a todos ellos. Cada era, siglo o generación puede tener su ideal; suele ser patrimonio de una selecta minoría, cuyo esfuerzo consigue acrecentarlo e imponerlo a las generaciones siguientes. Cada ideal puede encarnarse en un genio; al principio, y mientras él va generalizando su obra, ésta sólo es comprendida por un pequeño núcleo de hombres ilustrados. (Ingenieros, 1962e: 178)

Así, las nociones de *ideal* y de *genio* se tornan interdependientes. Precisamente, ‘los genios’ se definen como tales porque ‘viven todo ideal

---

<sup>75</sup> La edición que utilizamos reproduce la sexta, de 1919, preparada por el autor. Los *Principios de Psicología* fueron publicados inicialmente como capítulos en la revista *Argentina médica* (1910) y reunidos por primera vez en un volumen especial de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, bajo el título de *Psicología genética (Historia natural de las funciones psíquicas)* (1911).

<sup>76</sup> Las *Proposiciones* fueron el discurso que Ingenieros escribió en ocasión de su proyectado ingreso a la Academia de Filosofía y Letras en 1918. Restricciones reglamentarias impidieron su lectura en esa ocasión.

que piensan, sin detenerse por la incompreensión de los demás, sin perder tiempo en discutirlo con los que no lo han pensado' (Ingenieros, 1962d: 26).<sup>77</sup> Estos seres superiores por su idealismo se destacan, además, por su compromiso ético. Las concepciones, estrechamente ligadas en Ingenieros, del *idealista* y del *genio* adolecen, evidentemente, de claras reminiscencias románticas.

Estas superioridades intelectuales y morales que rigen su vida por la búsqueda de un ideal, son, entonces, las que pueden paliar la escisión, heredada del iluminismo, entre las esferas del arte, la moral y la ciencia, cuya autonomía no implica, según Ingenieros, ninguna clase de conflicto:

Los caminos de perfección son convergentes. Las formas infinitas del ideal son complementarias; jamás contradictorias, aunque lo parezcan. Si el ideal de la ciencia es la Verdad, de la moral el Bien y del arte la Belleza, formas preeminentes de toda excelsitud, no se concibe que puedan ser antagonistas entre sí. (Ingenieros, 1962e: 179)

Es evidente la herencia del pensamiento de Schiller en esta asociación de verdad / bien / belleza. En efecto, para él, la estética era fuente tanto de verdad como de moralidad, una noción que Rodó retoma en *Ariel* cuando postula que 'A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta' (Rodó, 1967: 219). Los líderes intelectuales y morales que propugnan tanto Ingenieros como Rodó comparten un atributo ligado a la convivencia armónica de las distintas facultades humanas: cierta perspectiva integral de la cultura. Veamos cómo, en consecuencia, define Ingenieros a un idealista:

Todos no se extasían, como tú, ante un crepúsculo, no sueñan frente a una aurora o cimbran en una tempestad; ni gustan de pasear con Dante, reír con Molière, temblar con Shakespeare, crujir con Wagner; ni enmudecen ante David, la Cena o el Partenón. Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, *venerando a filósofos, artistas y pensadores* que fundieron en síntesis supremas sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá de lo real. Los seres de tu estirpe, cuya imaginación se puebla de ideales y cuyo sentimiento polariza hacia ellos la personalidad entera, forman raza aparte en la humanidad: son idealistas. (Ingenieros, 1962c: 85. Nuestra bastardilla)

---

<sup>77</sup> Los textos que integran *Las fuerzas morales* y que Ingenieros calificaba de 'sermone laicos', fueron publicados en revistas estudiantiles y universitarias entre 1918 y 1923 y unificados en volumen para la edición de las obras completas de 1925.

La apelación al lector que abre este pasaje está marcada por un esteticismo que, a pesar de ser susceptible de confundirse con la mera evasión –‘volando más allá de lo real’–, está justificado porque es una modalidad de la encarnación del *progreso*: también en el arte se producen esas ‘síntesis supremas’ de los mejores logros de la humanidad. Los idealistas quedan definidos, entonces, como una ‘raza’ cuyos atributos esenciales son la capacidad de una imaginación superior y, fundamentalmente, una inclinación innata por el *buen gusto*. Profundizando más aún esta línea argumental, notamos que uno de los atributos esenciales de los *hombres mediocres* es, precisamente, que

Carecen de buen gusto y de *aptitud para adquirirlo*. Si el humilde guía de museo no los detiene con insistencia, pasan indiferentes junto a una madona del Angélico o a un retrato de Rembrandt; a la salida se asombran ante cualquier escaparate donde haya oleografías de toreros españoles o generales americanos. (Ingenieros, 1962c: 113. Énfasis nuestro).<sup>78</sup>

Los ideales, así, demandan una vocación de superioridad moral, intelectual y estética como caldo de cultivo. Por otro lado, siempre según Ingenieros, es la educación científica la que permite moldear las mentes de los hombres y poner un freno a los dogmas y a los intereses creados, ejercicio intelectual que recomienda con énfasis porque ‘[s]in estudio no se tienen ideales, sino fanatismos’ (Ingenieros, 1962d: 25).

La capacidad imaginativa y el entrenamiento intelectual que la alimenta permiten abstraer *ideales de perfección* de la experiencia, que marcarían, según lo antedicho, el estadio más elevado dentro del proceso evolutivo del pensamiento humano. La relación entre minorías y masas, genios y mediocres –dialéctica constitutiva del funcionamiento social– es, en consecuencia, una traducción al orden psicológico y social de la dialéctica entre *herencia* y *variación*, propia del evolucionismo biológico:

Toda la evolución histórica, general de la humanidad o particular de un estado, tiene por trama esa lucha de la variación contra la herencia, de los melioristas contra los tradicionalistas; y, en los momentos de crisis, de los revolucionarios contra los reaccionarios. (Ingenieros, 1962 a: 94-95)

Por otro lado, también los ecos románticos de la vinculación, ya señalada, del genio –la forma suprema del idealista– con las minorías ilustradas se articulan con la negación del igualitarismo, una negación que

---

<sup>78</sup> Sobre este tema, vale la pena traer a colación la certera apreciación de Noé Jitrik cuando advierte que para la generación del ochenta –de la cual Ingenieros es heredero en muchos aspectos– ‘el esteticismo no representa [...] una suerte de comunicación con lo absoluto a la manera romántica, sino el resultado del ejercicio de un órgano del gusto, dentro de la mejor línea positivista’ (1980: 70).

en Ingenieros –como en Rodó<sup>79</sup>– se sostiene en la extrapolación de argumentos del evolucionismo biológico al análisis social y cultural. En este sentido, su propuesta ejemplifica la compleja relación entre cultura y democratización en el momento de la modernización latinoamericana, una relación que convive sin demasiado conflicto con una noción aristocratizante del saber –a diferencia de otras interpretaciones finiseculares del desarrollo cultural, como las de José Martí.<sup>80</sup> No en vano Ángel Rama señalaba la diferencia entre la ‘cultura democratizada’ a la cual pertenecerían tanto Ingenieros como Rodó y una verdadera ‘cultura democrática’. Para Rama, por cierto, la modernización, internacionalización e innovación que caracterizan esa ‘cultura democratizada’ no lograban deshacerse de ‘la conciencia de *aristos* de que estaban poseídos los intelectuales’ (Rama, 1985: 39),<sup>81</sup> lo cual tuvo un corolario paradójico, si se acepta que Ingenieros fue ‘el primer intelectual de las masas argentinas’ (Panessi, 2001).

Indudablemente, esta clase de concepciones es tributaria de la paulatina identificación entre el concepto biológico de *evolución* y la noción de *progreso*. En un pasaje de *El hombre mediocre* con resonancias darrianas, identifica la ‘historia de la civilización’ con una ‘peregrinación’ orientada

---

<sup>79</sup> Escribe Rodó en *Ariel*: ‘Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio inestable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación, con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas’ (Rodó, 1967: 224).

<sup>80</sup> José Martí, por ejemplo, afirmaba que las ideas ‘no crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas’ y, frente a la visión del intelectual solitario y casi heroico al estilo de Rodó, sostenía que la época ‘...no estimula [...] ni permite acaso la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema [...] Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realizaban antes tanto su estatura. [...] Asítese como a una descentralización de la inteligencia [...] El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa [...]’ (Martí, 1977: 304-305).

No obstante, Julio Ramos ha señalado que en el propio Martí la cultura de masas es la fuente de una crisis del espíritu (Ramos, 1989: 202-ss.).

<sup>81</sup> Esta figura del intelectual como héroe y líder es necesaria en el contexto de modernización en que la autonomía paulatina de la esfera estética genera la necesidad del surgimiento de las reglas del arte, tal como lo explica Beatriz Sarlo: ‘En lo que se refiere a los saberes (entre ellos, las *reglas del arte*), la modernidad podía ser liberal pero no democrática; incluso, podía no ser liberal en absoluto. [...] La modernidad, cuando es sensible a la democracia, es pedagógica: el gusto de las mayorías debe ser educado, en la medida en que no hay espontaneidad cultural que asegure el juicio en materias estéticas [...] Pero si la modernidad combinó el ideal pedagógico con un despliegue del mercado de bienes simbólicos más allá de todo límite pensable hasta entonces, en este doble movimiento encontraría una lección impensada: el mercado y lo que luego se llamó *industria cultural* minaban las bases de autoridad desde las que era verosímil pensar en un paradigma educativo en materia estética [...]’ (Sarlo, 1994: 29).

por la búsqueda de ‘una infinita inquietud de perfecciones’ y liderada por los ‘grandes hombres’ o ‘heraldos’, que deben vencer la inercia de ‘la mediocridad, que es una incapacidad de ideales’ (Ingenieros, 1962c: 90). O, en otros términos: ‘el progreso, en general es la serie de victorias obtenidas por la inteligencia sobre el hábito, por el ideal sobre la rutina, por el porvenir sobre el pasado’ (Ingenieros, 1962d: 74). En definitiva, procura visualizar y destacar, en medio del igualitarismo propuesto por el orden democrático y la masificación moderna, las figuras que responden a los parámetros que, en su opinión, cifran la *evolución* humana: sentido moral, imaginación, gusto, capacidad intelectual, en suma, todo aquello que pasa a formar parte de los atributos del *hombre idealista*, configurado a partir del sentido de base científicista con que define el término ‘ideal’.

Pero ocurre que si el positivismo –en el sentido más estrecho de esa escuela filosófica– dejaba fuera de su dominio el juicio moral, el científicismo –entendido como una romantización de la ciencia– tuvo ‘mayor capacidad para diseñar un *ethos*’, amparado, precisamente, por la autoridad del saber científico –o sus sucedáneos (Terán, 1998). De ahí que el idealismo moral concebido como ‘perfectibilidad’ (Ingenieros, 1962b: 265)<sup>82</sup> se conjugase con las nociones de *verdad*, *virtud*, *desinterés*, *expansión de la personalidad* y *los derechos individuales* e, incluso, *gusto* o *sensibilidad estética*:

... Frente a la ciencia hecha oficio, la Verdad como un culto; frente a la honestidad de conveniencia, la Virtud desinteresada; frente al arte lucrativo de los funcionarios, la Armonía inmarcesible de la línea, de la forma y del color; frente a las complicidades de la política mediocrática, las máximas expansiones del individuo dentro de cada sociedad. (Ingenieros, 1962c: 97)

Como ‘afán de perfección’, el *ideal* de Ingenieros, más allá de la pretensión del autor de explicar su génesis y desarrollo en términos científicistas, es un intento de superar la ética utilitaria del positivismo ofreciendo un ideal moral que justifique nuevas razones de existir y de actuar (Real de Azúa, 1987: 157). Por eso ofrece puntos de contacto con esa segunda onda romántica que se había expandido a finales del siglo XIX y que procuraba otorgar un nuevo sentido a la existencia, recurriendo a un conjunto de doctrinas plenas de idealismo y subjetividad. Esa corriente sería una de las modalidades que alcanzó la reacción frente a los extremos del positivismo y que constituyó un esfuerzo por diseñar una filosofía de la acción, quizás no tanto en nombre de la libertad –obviamente amenazada por el determinismo positivista– sino de la responsabilidad (Ardao, 1950: 257). Se trata, en definitiva, de rescatar el factor *voluntad* para formular un

---

<sup>82</sup> El libro *Hacia una moral sin dogmas* reúne las charlas sobre Emerson y el eticismo que Ingenieros dictó en 1917 en la cátedra de *Ética* de Rodolfo Rivarola y que reescribió sobre una versión taquigráfica tomada por los alumnos.

curso de acción, al punto de que Ingenieros llega a afirmar que: '[e]l pensamiento vale por la acción que permite desarrollar' (1962d: 26. Énfasis del autor). De ahí que, gracias a la *naturalización* retórica y conceptual del *ideal*, Ingenieros pueda conciliar las demandas de la eugenesia con el ideal de amor en sentido ético y estético, que pasa ahora a entenderse como una forma de colaboración responsable con la especie, según veremos a continuación.

## 2. El amor: ideal y enfermedad

Dentro de los distintos ideales o hipótesis de base experiencial que, al decir de Ingenieros, organizan la vida humana, está el *ideal de amor*, que describe con mayor detenimiento en el *Tratado del Amor* y que expondremos sucintamente a continuación.<sup>83</sup> Podríamos ubicar este libro en la imprecisa frontera entre un manual de eugenesia y el ensayo de interpretación cultural, cuya hipótesis central es tributaria de un vitalismo de corte nietzscheano, que aboga por la liberación del instinto sexual, coercionado secularmente en Occidente –siempre en opinión de Ingenieros– en la institución del matrimonio. Al explicar cómo nace, Ingenieros afirma: 'El *ideal de amor* es una hipótesis individual, más o menos consciente, acerca de la mayor perfección eugénica complementaria' (1962h: 268). Como todo ideal, se forma sobre la base de la experiencia amorosa que 'se adquiere empíricamente [...] Cada episodio de amor va dejando un rastro, una huella, que se refunde y sistematiza en una imagen sintética: el ideal [...]' (1962h: 339). Lo que por lo general ocurre es que los individuos confunden a la persona deseada con ese tipo hipotético ideal en una 'ilusión de amor' que no es otra cosa que 'un error de juicio', lo que comprueba, una vez más, que el modo de pensar humano no es el de la lógica formal (1962h: 268).

Estos juicios erróneos pueden deberse tanto a 'tensiones orgánicas instintivas' como a 'sugestiones sociales coercitivas', o a una combinación de ambas. Sobre la formación de la ilusión sentimental –característica del sentimiento amoroso– establece, siguiendo a Stendhal en *Del amor*, que hay tres posibilidades de formación: el flechazo –o la coincidencia de las circunstancias con el ideal–, la intoxicación –es la formación de un ideal derivado de las circunstancias– y la intimidad sentimental –el descubrimiento del ideal en las circunstancias (1962h: 358). Lo que

---

<sup>83</sup> Este libro tuvo su origen en un curso que Ingenieros dictó en 1910 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sobre psicología de los sentimientos. Algunas de estas conferencias fueron publicadas en la *Revista de Filosofía* entre 1919 y 1925 y otras quedaron entre los borradores del autor. Estos textos, definitivos o en preparación, fueron agrupados bajo el título de *Tratado del amor* para la edición de las obras completas que preparó Aníbal Ponce y terminó de revisar Julia Laurencena. Además, varias secciones se publicaron en revistas como *La novela semanal*, alcanzando una difusión más amplia. Cabe aclarar que algunos capítulos anunciados en los ensayos por el mismo Ingenieros no llegaron a ser escritos.



tenemos, en definitiva, es un intento de elaborar una explicación del funcionamiento del amor en términos biológicos y poner en relación las ventajas del progresismo social con el mejoramiento de la especie humana. Si el ideal de amor es, por ejemplo, un joven sano e inteligente pero una niña de la sociedad elige a un hombre mayor o no tan inteligente por razones de fortuna, la razón está –nos dice Ingenieros– en una coerción social que obstaculiza el normal desenvolvimiento de ese ideal de amor que, libre de presiones sociales, hubiera optado por el primero. Si, según su definición del asunto, ‘[a]mar implica elegir para procrear mejor’, entonces ‘el sentimiento amoroso es un instrumento natural de elección’ que desarrolla ‘la preferencia por un cónyuge en quien se presume realizado el ideal eugénico complementario’ (1962h: 269).

Así, encontramos una crítica a los matrimonios de conveniencia y a lo que el autor llama el ‘monstruoso contrato de matrimonio exclusivo e indisoluble’ (1962h: 311). Sin embargo, como ocurre con la necesaria existencia de los hombres mediocres, incluso la descendencia de los seres menos perfectos cumple una función social. Esto explica la aparición frecuente de la ‘ilusión de amor’ en la especie humana, necesaria para que aun los ejemplares menos excepcionales de la especie decidan reproducirse y eviten, así, el colapso demográfico (Ingenieros, 1962h: 269).

Lejos de lamentar la persistencia de formas de asociación sexual más libres o primitivas, es decir, variables de la poligamia ‘más o menos disimuladas por la hipocresía moral’, Ingenieros lee esa situación como un testimonio de que ‘la ley, impuesta por los hombres para defender su propiedad privada, no ha satisfecho las necesidades de la selección sexual y del instinto maternal’. Se confunden aquí las razones biológicas con la crítica a la defensa de la propiedad privada que está en la base del sistema capitalista y de las instituciones sociales que engendra, un indicio más de que, en gran medida, Ingenieros reflexiona sobre el amor y sus *ideales* desde la perspectiva del pensamiento de izquierda. Si la familia moderna adolece de fallas como ‘la indisciplina filial’ –hijos que se casan contra la voluntad de sus padres– o el adulterio, e incluso la poligamia en formas no oficiales –hombres con familias y amantes, por ejemplo– todos ellos son síntomas de ‘la imperfección de un régimen familiar que se ha constituido relegando a segundo plano las exigencias del amor y de la maternidad’ (1962h: 301).

De estas citas se desprende que, para Ingenieros, el *amor* aparece asociado con la *maternidad* –lo que pone en primer plano la cuestión eugénica– y resulta impensable conformar uniones amorosas sin la finalidad de la procreación, revelando una vez más la importancia que tiene en su pensamiento el factor *productividad*. Por eso, cuando defiende el matrimonio de amor por sobre el matrimonio de conveniencia, está exigiendo un sinceramiento de las relaciones amorosas –para lo cual considera imprescindible la simplificación progresiva del divorcio y la

capacitación civil de la mujer<sup>84</sup> – con el objetivo de asegurar ‘la protección de los hijos, objetivo esencial de la familia’ (1962h: 301).

El matrimonio de amor se convierte, en su propuesta, en una institución que aunaría el progresismo social con las ventajas de una eugenesia natural, no forzada por tecnócratas –lo que iría en contra de las conquistas de los derechos individuales de los hombres y mujeres modernos– ni producida por formas de socialización anárquicas. Ingenieros vaticina que será ‘la naturaleza misma’ la que ‘se encargará de obtener los resultados que persiguen los eugenistas’ (Ingenieros, 1962h: 335). En consecuencia, se trata de una versión más de esa *naturalización* del concepto de *ideal* –en este caso, del ideal de amor– una *naturalización* que entraña –como la de todos los ideales ingenierianos–, serias consecuencias para el desarrollo de la especie humana, como lo muestra el siguiente fragmento, altamente iluminador al respecto:

...todo obliga a pensar que una nueva educación, adecuada a las futuras relaciones familiares, elevará considerablemente el ideal amoroso de los individuos, aproximándolo a las verdaderas conveniencias eugénicas. Sobre las ruinas de la selección doméstica y matrimonial renacerá nuevamente la selección sexual poderosamente fortalecida por el sentimiento electivo individual, por el amor.

La humanidad podrá superarse a sí misma cuando el derecho de amar sea restituido a su primitiva situación natural [...] Renacerá entonces la posibilidad de que el amor determine una nueva variación ascendente de la especie (1962h: 336).

En primer lugar, aparece mencionado aquí el factor *educación*, concebido como la clave para contener la mediocridad social, evitar el atavismo y, eventualmente, dar lugar a la génesis de ideales y de personalidades superiores que los encarnen. Por otro lado, la ‘elevación’ del ideal termina coincidiendo, como no podría ser de otro modo dada su concepción científicista y evolutiva del *ideal de amor*, con ‘las verdaderas conveniencias eugénicas’: la elección individual –es decir, el privilegio de la individualidad sobre la masificación– va de la mano de la ‘selección sexual’, un término clave del darwinismo social. Y si se habla de ‘derecho’, no es en nombre del orden social o de los intereses creados, sino de la expansión de la voluntad individual, sinónimo de la superación de la ‘especie’. Ante ese enfrentamiento, de larga data, entre naturaleza y cultura –en el sentido de civilización– que veía del lado de la segunda un artificio anti-natural, opuesto a la dimensión más básica o elemental de la biología, Ingenieros parece querer decirnos que la cultura, en todas sus formas,

---

<sup>84</sup> Recordemos que ya en 1902 hubo sonados debates en torno de la ley de divorcio en la Argentina.

incluso en los sueños que engendra y en las cuestiones *sentimentales*, es una formación *naturalmente* determinada.

En este punto, es fundamental tener en cuenta cuestiones históricas concernientes a las ideas científicas que afectan el desarrollo del pensamiento de Ingenieros. Así como el darwinismo del siglo XIX había sido el del *Origen de las especies* y de la selección natural, desde 1900 en adelante el protagonismo lo ocupó la teoría acerca del *Origen del hombre* y de la selección sexual. Este hecho marcó un cambio en los debates culturales porque repercutió en la *eugenesia*, en varias polémicas en pro de los derechos femeninos –como la lucha de las sufragistas o los debates por la ley de divorcio– y en una mayor preocupación médica por los roles sexuales –incluidos los avatares de la recepción de la psicología freudiana. Pero además, es probable que un problema lingüístico contribuyera a contaminar o a reorientar el debate evolucionista y su proyección a las cuestiones de orden social. En 1866, cuando Clemente Royer tradujo el *Origen de las especies* de Darwin al francés, infiltró en su introducción algo así como un prejuicio lamarckiano al traducir ‘natural selection’ como ‘élection naturelle’, lo que en francés llevó a una inevitable connotación *zootécnica* que asemejaba los procesos de *variación* biológica –obviamente aleatorios– a la meditada selección de animales para la reproducción en la esfera de la ganadería. Al parecer, el resultado fue un triple malentendido: la selección natural y la artificial se vieron como isomórficas y la selección natural de Darwin se percibió como artificial o dirigida. Además, se confundieron la selección natural y la sexual. Y, finalmente, la lucha y la selección fueron disociadas, privilegiando el componente *electivo*. Como era de esperarse, al producirse este efecto en la lengua francesa –la lengua de cultura por excelencia en esa época–, el efecto fue multiplicador (Glick, 1992).

Sin embargo, pese al cientificismo y al recurso a la eugenesia para explicar el ideal de amor, hay un punto en que los argumentos de Ingenieros recurren a la tradición literaria: la defensa de la *pasión*. Si en grandes obras de la literatura la pasión amorosa es representada como un destino inevitable y algo misterioso, Ingenieros la explica, justamente, como una exacerbación de ese sentimiento electivo que tiene su base en las demandas eugénicas de la especie humana. Ese entronizamiento de la pasión amorosa y su lucha frente a la conveniencia social fue, como es sabido, patrimonio de la *novela de folletín*, y por eso se ha señalado una relación entre el folletín popular y la teoría del amor de Ingenieros, sostenida en una retórica común (Panessi, 2001). Aunque las razones eugénicas no suelen estar en primer plano en la novela rosa, sí hay algo que tienen en común lo expuesto por Ingenieros en el *Tratado del Amor* y la novela sentimental: la defensa de la pasión contra los intereses sociales y la hipocresía organizada. No obstante, lo que en la novela rosa es un tópico de raíz romántica –el amor que lucha contra la razón o la conveniencia–, en Ingenieros aparece como una irrupción de lo biológico lo suficientemente intensa como para horadar el orden simbólico-social. Por eso, completando

una interpretación eminentemente naturalista, nuestro autor acepta que el prejuicio social oculta los instintos biológicos básicos, pero no ve en ello un avance de la civilización sino, por el contrario, un indeseable freno artificial a la eugenesia natural. De modo que el sinceramiento de las relaciones amorosas y domésticas –el *ideal* de la novela rosa– no haría más que responder al curso normal de la naturaleza, lo cual, a la larga, sería también conveniente para el orden social (Sarlo, 2004: 117).<sup>85</sup> No es casual que haya sido en una publicación periódica como *La novela semanal* donde se publicaron algunos capítulos del *Tratado del Amor*,<sup>86</sup> aunque también varios de ellos se reprodujeron en la *Revista de Filosofía*, entre los cuales se encontraba ‘Cómo nace el amor’ (Ingenieros 1919), que mereció una crítica por parte del pedagogo y propulsor de la psicología experimental, Rodolfo Senet. En su artículo, éste llega a la conclusión de que el *Tratado del Amor* no es una obra científica:

Este trabajo [*Cómo nace el amor*] es, en realidad, más literario que científico. Ante todo hubiera sido necesario determinar los tipos de amor, a los efectos de estudiar sus formas iniciales. Ingenieros, dejándose arrastrar por su romanticismo, le da al flechazo una importancia demasiado grande, importancia que sólo le acuerdan las novelas románticas primeras, y llega al punto de opinar que el verdadero amor se encuentra más en el tipo repentino que en el de la larga gestación. En este trabajo no hay más material científico que la experiencia personal del autor y el obtenido de las lecturas de obras puramente literarias; por eso afirmo que es más literario que científico, y, en este sentido, su lectura resulta realmente agradable. (Senet, 1926: 125)

El comentario de Senet pone en evidencia el peso de la tradición literaria en la reflexión de Ingenieros, en particular la influencia de ‘las novelas románticas primeras’ y la impronta de ‘las lecturas de obras puramente literarias’ en su argumentación. Ciertamente, Senet no estaba errado al homologar el *Tratado del Amor* con las versiones tempranas de la novela romántica: como el mismo Ingenieros lo declara, la principal influencia literaria en la génesis de este texto es la de Stendhal, quien en su libro *Del amor*, de 1822, prometía ofrecer una ‘psicología del amor’

---

<sup>85</sup> Ingenieros parece querer decir que la pasión no es en sí antisocial, aunque, de acuerdo con lo señalado por Sarlo, es justamente el desafío a las normas sociales lo que convierte a toda pasión en *literariamente interesante* y al amor en un impulso narrativo prácticamente inextinguible, como bien lo sabían los autores de las narraciones de los folletines y las novelas semanales (Sarlo, 2004: 119).

<sup>86</sup> En el número 86 de *La novela semanal* –publicación aparecida en Buenos Aires en 1917– se editó ‘Cómo nace el amor’ y, en el número 7, ‘Psicología de los celos’, versiones abreviadas de capítulos recopilados luego en el *Tratado del Amor*. Otro texto de Ingenieros, *Las fuerzas morales*, también mereció la difusión del folletín y se comenzó a publicar en 1922 en *La novela semanal* (Cfr. Sarlo, 2004: 115-116, 84).

(Stendhal, 1996: 90). El escritor francés elabora allí una teoría acerca del ideal y el proceso de su formación, representado mediante una metáfora inspirada en el fenómeno de *crystalización* de la sal, que había observado en un viaje a las minas de Salzburgo. Pero, mientras Stendhal es consciente de estar empleando un tropo, Ingenieros anhela, por el contrario, la precisión literal del lenguaje científico. No obstante, hay notables semejanzas entre la *abstracción* a partir de la experiencia con que Ingenieros explica el proceso de formación del *ideal* y la ‘crystalización’ de atributos percibidos en el sujeto amado en la *teoría* de Stendhal.<sup>87</sup> Asimismo, este último filtra una cuestión moral que Ingenieros retoma cuando defiende el amor sincero por sobre la unión matrimonial de conveniencias: ‘Que una mujer se acueste con un hombre al que sólo se ha visto dos veces, después de tres palabras latinas dichas en la iglesia, es mucho más impúdico que ceder a pesar suyo a un hombre al que adora desde hace dos años’ (Stendhal, 1996: 133). Finalmente, Stendhal introduce una noción en la que Ingenieros incursionará en algunos de sus escritos: el parentesco del amor con la anomalía o la enfermedad.<sup>88</sup>

Un ejemplo de cómo el amor y sus derivaciones pueden atentar contra el orden social, lo tenemos en uno de los *casos* narrado en uno de los mejores textos que integran *La Psicopatología en el arte*: ‘El delito de besar’.<sup>89</sup> En lo que fue originalmente una conferencia destinada a deslindar los que llama, en una nomenclatura *decorosa*, ‘beso casto’ y ‘beso de amor’, del beso no consentido –forma incipiente del acoso sexual–, Ingenieros analiza distintos tipos de besos, diferenciados por su ‘coeficiente de voluptuosidad’, tras un largo recorrido por las grandes ‘historias’ de amor de la literatura occidental –Paolo y Francesca, Romeo y Julieta, Tristán e Isolda, los versos de Catulo, Ovidio, Propertio, Marcial, Góngora, etc. Su discurso, de marcadas connotaciones jurídicas e higienistas, alcanza dimensiones paródicas en afirmaciones como la siguiente: ‘se presume que una mujer besada ha sufrido un perjuicio en el capital teórico de su pureza o virtud’ o cuando, al presentar la poco exitosa invención de un tal doctor Hermann Sommer –‘una pequeña pantalla de gasa antiséptica, destinada a filtrar los besos’ de los enamorados ‘que desean entretenerse sin peligro’–, concluye en que ‘la higiene es clarividente pero el amor es ciego’. El relato en cuestión aparece bajo el título ‘Premeditación y alevosía como agravantes’ y narra el caso de un estudiante ruso, Ivanov, quien

---

<sup>87</sup> Las prevenciones de Ingenieros contra el uso de la metáfora en las ciencias, no sólo en las naturales sino especialmente en las ciencias sociales, están reseñadas en Vallejos Llobet y García Zamora 2003.

<sup>88</sup> En efecto, para Stendhal, lo irrefrenable de la pasión amorosa permitía concebirla como una enfermedad, con la cual compartía además su carácter *anti-social*.

<sup>89</sup> *La Psicopatología en el arte* consiste en una compilación de conferencias y artículos editados en forma independiente entre 1899 y 1911. Este texto es difícil de encuadrar en alguna tipología discursiva, no sólo debido a que es una recopilación de escritos independientes sino también por el estilo de muchos de sus artículos: ensayístico a veces, con pretensiones técnico-científicas, otras.

aprovechando la costumbre de su país de besarse en el día de Pascua, le había dado un beso a una estudiante francesa, Lise Alibert, de quien estaba enamorado sin ser correspondido. La joven comenzó a gritar, ocasionando un enfrentamiento entre su hermano e Ivanov que terminó con un disparo de este último. Tras este incidente, Ivanov huyó, pero fue perseguido por la policía con la cual protagonizó un tiroteo para, finalmente, ser apresado y deportado a Siberia (Ingenieros, 1962f: 372).

Si en este pasaje el amor alcanza extremos pasionales antisociales y, en consecuencia, pasibles de sanción, su identificación con una enfermedad es más evidente en la crónica 'La enfermedad de amar', incluida en el libro *Al margen de la ciencia*. Este texto comienza con la siguiente reseña de una noticia policial:

La víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven señor, el príncipe Pignatelli, se suicidó descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos A sí mismo. En la habitación, libros de Nietzsche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye a una intensa neurastenia y a la influencia de la lectura de esos libros. Esta noticia de policía, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad. (Ingenieros, 1908: 69-ss. Énfasis del autor)

Entre crónicas delictivas, accidentes de automóvil y textos literarios y filosóficos, sintomáticos de la sensibilidad fin-de-siècle, no es raro encontrar una concepción casi decadentista del amor entendido como anomalía, anormalidad, enfermedad. Sin embargo, en las líneas siguientes Ingenieros se apresura a desligar de culpas a la literatura, al buscar causas psicológicas más elementales, es decir, biológicas, para naturalizar la aparición de esta dolencia del amor:

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en este suicidio; los mentalistas dirán sus diagnósticos descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene, empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cincuenta hombres y dos mujeres que han leído a Leopardi, Nietzsche y Schopenhauer, sin haber pensado jamás en el suicidio. El príncipe Pignatelli ha muerto de un mal profundamente humano: tenía miedo de amar y falleció en una crisis de la enfermedad vulgarmente llamada amor. (Ingenieros, 1908: 70-71)

Es fácil advertir que la explicación que ofrece nuestro autor del episodio del príncipe Pignatelli busca deliberadamente alejarse de las

interpretaciones del arte y la literatura como agentes antinaturales, nocivos y enfermantes. Es decir que aquí no suscribe esas hipótesis esteticistas al estilo de Oscar Wilde, uno de cuyos personajes explicaba, hablando de Dorian Gray, que ‘había sido envenenado por un libro’ (Wilde, 1926: 163. Nuestra traducción). Por el contrario, el amor aparece como un fenómeno biológico, una dolencia tan inevitable como natural, siguiendo la línea de homologación del amor con una enfermedad que ya había tenido su momento de máximo esplendor en la tradición romántica.<sup>90</sup>

Sin embargo, a pesar de que pueda llegar a extremos anormales, delictivos o enfermantes, en términos normales el amor es algo natural y saludable, tanto en el orden físico como moral. En palabras de Ingenieros:

El hombre incapaz de alentar nobles pasiones esquivo el amor como si fuera un abismo; ignora que él acrisola todas las virtudes y es el más eficaz de los moralistas. [...] Caricatura a este sentimiento guiándose por las sugerencias de sórdidas conveniencias. Los demás le eligen primero las queridas y le imponen después la esposa. [...] Musset le parece poco serio y encuentra infernal a Byron; habría quemado a Jorge Sand y la misma Teresa de Ávila resúltale un poco exagerada. Se persigna si alguien sospecha que Cristo pudo amar a la pecadora de Magdala. Cree firmemente que Werther, Jocelyn, Mimi, Rolla y Manón son símbolos del mal, creados por la imaginación de artistas enfermos. [...] Prefiere la compra tranquila a la conquista comprometedor. Ignora las supremas virtudes del amor, que es ensueño, anhelo, peligro, toda la imaginación, convergiendo al embellecimiento del instinto, y no simple vértigo brutal de los sentidos. (1962c: 94)

En primer lugar, se observa que la capacidad de amar es vista por Ingenieros como un signo de salud física y mental, al punto de que su ausencia es síntoma de la incapacidad de ‘alentar nobles pasiones’ en otros órdenes de la existencia –al fin y al cabo, el príncipe Pignatelli de la crónica se suicidaba no por amar sino por el *temor* a hacerlo. Por otro lado, desde el momento en que el verdadero éxito de los ideales radica en su concreción en acciones, hay una función moralizadora en la *puesta en práctica* del ideal de amor. Es la acción la que permite homologar a santos, artistas y personajes literarios en tanto seres superiores que han vivido orientados por un ideal, sin que lo extremo de la pasión autorice a considerar ‘enfermos’ a los autores o a los personajes por ellos creados. El

---

<sup>90</sup> Susan Sontag advierte que, ya antes del movimiento romántico, se usaban las metáforas de la tuberculosis como consunción para describir la pasión romántica, aunque esto alcanzó un sentido marcadamente positivo con el romanticismo cuando ‘la romantización de la tuberculosis constituy[ó] el primer ejemplo ampliamente difundido de esa actividad particularmente moderna que es la promoción del propio yo como imagen’. (Sontag, 2003: 27, 35).

privilegio conferido a la acción y el *talento*, incluso en el terreno sentimental, se evidencia cuando opone el matrimonio convencional entendido como ‘compra tranquila’ a la ‘conquista’. Y por último, al disolver la oposición *amor / sexo* –puesto que ve en el primero una forma de sublimar el segundo– los requisitos eugénicos quedan subsumidos bajo un patrón estético: el ‘embellecimiento’ del instinto.<sup>91</sup>

Justamente, esta defensa de una sexualidad embellecida por el amor pero no platónica es lo que marca, quizá, su mayor distanciamiento respecto de Stendhal, fuente elemental del tratado. Para este último, el soñador Werther era más feliz que el activo Don Juan porque este personaje ‘reduce el amor a un negocio vulgar’, sus deseos quedan siempre ‘imperfectamente satisfechos por la fría realidad’ y, en lugar de ‘perderse en los deliciosos ensueños de la cristalización, piensa, como un general, en el éxito de sus maniobras’. Siempre en opinión de Stendhal, esto tiene como único y lamentable resultado que ‘mata el amor en vez de gozar del mismo más que los demás, que es lo que cree el vulgo’ (Stendhal, 1996: 288-289). Para Ingenieros, esta conclusión es inaceptable. Personajes como Werther están marcados por una pasión que conduce a la *esterilidad* y, dada la alta misión reproductora y eugénica que le asigna al *ideal de amor*, la proliferación de enamorados como el personaje de Goethe sería fatídica para la humanidad. Por el contrario, sostiene que el exceso de *imaginación* de Werther es negativo porque no pasa a la acción –a diferencia del ejemplo de voluntad y valor que es Don Juan. Lo antedicho se justifica con una hipotética preferencia del personaje de Carlota, la amada del romántico y suicida joven Werther: ‘Don Juan, más sencillo y más humano, habría hecho feliz a Carlota. ¿La pena de ser engañada por Don Juan habría sido más grande que el remordimiento de asesinar a Werther? La pregunta parece una tontería’ (Ingenieros, 1962h: 344). Sin embargo, –siempre según Ingenieros– en algo coinciden Werther y Don Juan, y es en que ‘ambos pertenecen a la categoría de los grandes amadores, equivalentes en el orden afectivo a lo que suele llamarse ingenios y talentos en el orden intelectual’. Una misma ‘capacidad de amar’ absoluta y desmesurada los caracteriza, hasta hacerlos descollar por sobre los miles de seres humanos que, ‘domesticados por el dogmatismo social, viven en plena *mediocridad sentimental*’ (1962h: 340).

En búsqueda de estos extraordinarios talentos sentimentales, Ingenieros rastrea, en un repaso de la tradición literaria, la lucha de los ideales de amor contra las convenciones de cada época, que considera tipificada en las transformaciones que ha seguido el personaje de Don Juan, a las que les asigna un sentido histórico y moral –de acuerdo con su concepción de los personajes literarios como caracteres típicos o representativos. Si el don Juan de las primeras versiones era considerado como un ‘rebelde’, eso se

---

<sup>91</sup> Coincidimos aquí con Beatriz Sarlo cuando afirma que ‘la esteticidad de la pasión es una de sus fuentes posibles de legitimidad: pliegue de la ideología que Ingenieros comparte con el modernismo y el decadentismo’ (Sarlo, 2004: 121).



debía a que defendía el ‘derecho de amar’ en una época en que ‘el amor se miró como un pecado y el matrimonio como una obligación’; con el Renacimiento y su defensa de la ‘vital belleza pagana’, comienza el itinerario en el cual ‘el primitivo ladrón de honras fue convirtiéndose en mago encantador de corazones’, uno de cuyos avatares llegaría a ser el personaje de Lovelace en *Clarisa Harlowe*, de Richardson. En la ópera de Mozart, el Don Juan exhibe tal dosis de buen humor que ‘en su constante agudeza de ingenio las picardías resaltan como victorias ganadas sobre el dogmatismo social’ –en lo que podemos ver, de paso, una alusión en defensa de la *fumistería* y su burla de la hipocresía social. Esta crítica a las costumbres se intensifica con el romanticismo y con Byron, cuyo Don Juan ya ‘ha hecho del amor el ideal de su vida, y que vive amando siempre, amando más, sin alcanzar nunca su anhelo de perfección’, la misma búsqueda de la perfectibilidad que también caracteriza al Don Juan de Musset, ‘vehementemente perseguidor de un ideal insatisfecho’. Curiosamente, Ingenieros sostiene que para los hombres modernos –se refiere al siglo XX– ‘no puede haber otro Don Juan que el apasionado e idealista seductor rejuvenecido por el romanticismo, hermano de Fausto, pues el uno vive persiguiendo la quimera del amor como el otro la quimera de la sabiduría’ (1962h: 350), afirmación con la cual coloca en el romanticismo la génesis de la sensibilidad moderna y homologa el *ideal de amor* con los ideales intelectuales. Esta equivalencia entre ideales de distintos órdenes ya estaba anunciada cuando describía, siguiendo a Stendhal, la *intimidación sentimental* –por oposición al *flechazo* y la *intoxicación*– y la consideraba como la forma suprema del enamoramiento, debido a que ‘es la forma de galanteo propia de las personas intelectuales’, puesto que sólo podía tener lugar entre inteligencias cultivadas:

Muchas manifestaciones de la vida afectiva sólo pueden florecer en una mentalidad elevada. Los sentimientos intelectuales, estéticos y morales son privilegios de una selecta minoría, en cuya vida influyen de manera decisiva; en ellos reside el núcleo de toda posible *intimidación sentimental*, una de cuyas características suele ser la admiración recíproca (Ingenieros, 1962h: 367)

En esta simultánea apropiación y distanciamiento de Stendhal –pues mientras este último era explícitamente metafórico al describir el fenómeno del enamoramiento como una *crystalización*, Ingenieros procuraba destilar de esta clase de expresiones un sentido literal que llevase a ver la formación del *ideal amoroso* como un proceso necesaria y exclusivamente natural, incluso en sus modalidades patológicas– tenemos un ejemplo más de cómo las ciencias físico-naturales alcanzaron en el fin de siglo el rol de un *dialecto cognitivo* empleado literal y metafóricamente para abordar la realidad natural y social.

## Bibliografía citada

- Ardao, Arturo (1950) *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay. Filosofías universitarias de la segunda mitad del siglo XIX*. FCE: México / Bs. As.
- Bénichou, Paul (1999) *The Consecration of the Writer, 1750-1830*. Translated by Mark Jensen. University of Nebraska Press: Lincoln / London.
- Glick, Thomas F. (1992) 'El impacto del darwinismo en la Europa mediterránea y Latinoamérica' en Antonio Lafuente y José Sala Catalá (editores). *Ciencia colonial en América*. Alianza: Madrid, 319-350.
- González Echevarría, Roberto (1985) 'The Case of Speaking Statue: Ariel and the Magisterial Rhetoric of the Latin American Essay' in *The Voice of the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature*. Texas UP: Austin, 8-32.
- Ingenieros [sic], José (1908) *Al margen de la ciencia*. Lajouane y Cía.: Bs. As.
- Ingenieros, José (1919) 'Cómo nace el amor', *Revista de Filosofía*, X: 4, 141-160.
- (1962a) 'La evolución de las ideas argentinas' en *Obras completas*. Tomo IV. Mar Océano: Bs. As., 17-379.
- (1962b) 'Hacia una moral sin dogmas' en *Obras completas*. Tomo VII. Mar Océano: Bs. As., 207-298.
- (1962c) 'El hombre mediocre' en *Obras completas*. Tomo VII. Mar Océano: Bs. As., 85-206.
- (1962d) 'Las fuerzas morales' en *Obras completas*. Tomo VII. Mar Océano: Bs. As., 19-84.
- (1962e) 'Principios de Psicología' en *Obras completas*. Tomo III. Mar Océano: Bs. As., 9-224.
- (1962f) 'La Psicopatología en el Arte' en *Obras completas*. Tomo I. Mar Océano: Bs. As., 299-413.
- (1962g) 'Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía' en *Obras completas*. Tomo VII. Mar Océano, Bs. As., 299-342.
- (1962h) 'Tratado del Amor' en *Obras completas*. Tomo III. Mar Océano, Bs. As., 227-401.
- Jitrik, Noé (1980) *El mundo del ochenta*. CEAL: Bs. As.
- Martí, José (1977) 'El poema del Niágara' [1882] en *Nuestra América*. Prólogo de Juan Marinello. Selección y notas de Hugo Achúgar. Cronología de Cintio Vitier. Biblioteca Ayacucho: Caracas.
- Panessi, Jorge (2001) 'Tratado del amor de José Ingenieros', *Revista Discurso*, I: 1. URL <http://www.revista.discurso.org/articulos.htm> [consulta efectuada el 31 / 7 / 2003].
- Rama, Ángel (1985) *Las máscaras democráticas del modernismo*. Fundación Ángel Rama / Arca: Montevideo.
- Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. FCE: México.
- Real de Azúa, Carlos (1987) 'Ambiente espiritual del 900' en *Escritos*. Arca: Montevideo, 145-165.
- Rodó, José Enrique (1967) 'Ariel' [1900] en *Obras completas*. Introducción, prólogo y notas de Emir Rodríguez Monegal. Aguilar: Madrid.
- Sarlo, Beatriz (1994) 'El relativismo absoluto o cómo el mercado y la sociología reflexionan sobre estética', *Punto de Vista*, XVII: 48, 27-31.
- (2004) *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*. Grupo Editorial Norma: Bs. As.

- Senet, Rodolfo (1926) 'La obra psicológica de Ingenieros', *Revista de Filosofía*, XII: 1, 114-139.
- Sontag, Susan (2003) *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Taurus: Bs. As.
- Terán, Oscar (1998) 'Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político', *Prismas. Anuario de historia intelectual*. N° 2, Universidad Nacional de Quilmes.

URL

<http://www.argiropolis.com.ar/documentos/investigacion/publicaciones /prismas /2/ teran.htm> [consulta efectuada el 10/2/2002].

- Vallejos Llobet, Patricia y Mariana García Zamora (2003) 'La metáfora científica en el discurso historiográfico cientificista de principios del siglo XX' en Gonzalo Ferreira y Laura Bruno (editores). *IX Congreso de la Sociedad Argentina de Lingüística*. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Lenguas, Centro de Investigaciones Lingüísticas: Córdoba [disco compacto].
- Wilde, Oscar (1926). *The Picture of Dorian Gray*, Simpkin, Marshall Hamilton, Kent and Co.: London